

La Tierra en ruinas

Cuando la voz de Dios ponga fin al cautiverio de su pueblo, se producirá un terrible despertar de aquellos que lo han perdido todo en la gran lucha de la vida. Cegados por los engaños de Satanás, los ricos se enorgullecían de su superioridad con respecto a los menos favorecidos. Pero se olvidaron de alimentar al hambriento, vestir al desnudo, actuar con justicia y amar la misericordia. Ahora están despojados de todo lo que los hacía grandes y quedan sin nada. Miran con terror la destrucción de sus ídolos. Han vendido su alma por los deleites de la Tierra y no se hicieron ricos con respecto a Dios. Su vida es un fracaso, sus placeres se convierten en amargura. La ganancia de toda una vida es eliminada en un momento. Los ricos lamentan la destrucción de sus grandes casas, la dispersión de su oro y plata, y el temor de que ellos mismos han de perecer con sus ídolos. Los malvados lamentan que el resultado sea ese, pero no se arrepienten de su maldad.

El ministro que ha sacrificado la verdad por obtener ganancias o el favor de los seres humanos ahora discierne la influencia de sus enseñanzas. Cada línea escrita, cada palabra pronunciada que indujo a los seres humanos a descansar en un falso refugio ha sido una semilla sembrada; y ahora contempla la cosecha. Dice el Señor: “¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan el rebaño de mis praderas! [...] Pues bien, yo me encargaré de castigarlos a ustedes por sus malas acciones” (Jeremías 23:1, 2). “Ustedes han descorazonado al justo con sus mentiras, sin que yo lo haya afligido. Han alentado al malvado para que no se convierta de su mala conducta y se salve” (Ezequiel 13:22).

Los ministros y el pueblo ven que se han rebelado contra el Autor de toda justa ley. Descartaron los preceptos divinos y produjeron millares de fuentes de iniquidad, hasta que la Tierra llegó a convertirse en un abismo de corrupción. Ningún lenguaje puede expresar los anhelos que los desleales sienten por lo que han perdido para siempre: la vida eterna.

Los miembros del pueblo se acusan mutuamente de que se los ha inducido a la destrucción, pero todos se unen en acumular sus más amargas condenaciones contra los pastores infieles que profetizaron “cosas agradables” (Isaías 30:10), que indujeron a los feligreses a anular la Ley de Dios y a perseguir a los que querían observarla como santa. “¡Estamos perdidos –exclaman–, y ustedes son la causa!” Las manos que una vez los coronaron con laureles se levantarán para destruirlos. Por doquiera hay lucha y derramamiento de sangre.

El Hijo de Dios y los mensajeros celestiales han estado en conflicto con el maligno para amonestar, iluminar y salvar a los hijos de los seres humanos. Ahora todos han tomado su decisión; los malvados se han unido plenamente con Satanás en su guerra contra Dios. La controversia no es solamente contra Satanás, sino contra los seres humanos. “El Señor litiga contra las naciones” (Jeremías 25:31).

El ángel de la muerte

Ahora avanza el ángel de la muerte, representado en la visión de Ezequiel por las personas que portan las armas para masacrar, a los cuales se da la orden: “Comiencen por mi santuario y maten a los viejos, a los jóvenes y a las doncellas, a los niños y a las mujeres, hasta que nadie quede vivo. Pero no se acerquen a nadie que tenga la señal”. Ellos comenzaron por matar a los ancianos que estaban delante del templo”, aquellos que profesaban ser los guardianes espirituales del pueblo (Ezequiel 9:6, RVC).

Los falsos centinelas son los primeros en caer. “El Señor va a salir de su morada para castigar la maldad de los habitantes del país. La tierra pondrá al descubierto la sangre derramada; ¡ya no ocultará a los masacrados en ella!” (Isaías 26:21). “En aquel día el Señor los llenará de pánico. Cada uno levantará la mano contra el otro, y se atacarán entre sí” (Zacarías 14:13).

En la furiosa lucha de sus propias pasiones y por el derramamiento de la ira de Dios no diluida con misericordia, caen los impíos: sacerdotes, gobernantes y el pueblo. “En aquel día, los que el Señor haya masacrado llenarán la tierra de un extremo a otro” (Jeremías 25:33, NTV).

A la venida de Cristo, los impíos son destruidos por el resplandor de su gloria. Cristo lleva a su pueblo a la ciudad de Dios, y la Tierra queda vacía de sus habitantes. “Miren, el Señor arrasa la tierra y la devasta, trastorna su faz y dispersa a sus habitantes. [...] La tierra queda totalmente arrasada, saqueada por completo, porque el Señor lo ha dicho. [...] porque han desobedecido las leyes, han violado los estatutos, han quebrantado el pacto eterno. Por eso una maldición consume a la tierra, y los culpables son sus habitantes. Por eso el fuego los consume” (Isaías 24:1, 3, 5, 6).

La Tierra tiene el aspecto de un desierto desolado: ciudades destruidas por el terremoto, árboles desarraigados, rocas escabrosas arrancadas de la tierra y esparcidas por su superficie. Enormes cavernas señalan los lugares donde las montañas han sido arrancadas de sus fundamentos.

El destierro de Satanás

Ahora se cumple el suceso prefigurado en el último y solemne servicio del Día de la Expiación. Cuando los pecados de Israel habían sido quitados del Santuario en virtud de la sangre ofrecida por el pecado, el macho cabrío era presentado vivo delante del Señor. El sumo sacerdote confesaba sobre él “todas las iniquidades de los israelitas, [...] poniéndolos sobre la cabeza del macho cabrío” (Levítico 16:21, NBLA). De igual manera, cuando la obra de la expiación en el Santuario celestial ha sido terminada, en la presencia de Dios y de los santos ángeles, y de la hueste

de los redimidos, los pecados del pueblo de Dios serán colocados sobre Satanás; él será declarado culpable de todos los males que les hizo cometer. Así como el macho cabrío era enviado lejos, a una tierra deshabitada, Satanás será desterrado a la Tierra desolada.

Después de presentar las escenas de la venida del Señor, el revelador continúa: “Vi además a un ángel que bajaba del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Sujetó al dragón, a aquella serpiente antigua que es el diablo y Satanás, y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y tapó la salida para que no engañara más a las naciones, hasta que se cumplieran los mil años. Después habrá de ser soltado por algún tiempo” (Apocalipsis 20:1-3).

El “abismo” representa la Tierra en estado de confusión y tinieblas. Mirando hacia el futuro al gran Día de Dios, Jeremías declara: “Me fijé en la tierra, y la vi desordenada y vacía. Me fijé en los cielos, y no había en ellos luz. Me fijé en los montes, y los vi temblar, y todas las colinas se estremecían. Me fijé, y no había un solo ser humano, y todas las aves del cielo habían desaparecido. Me fijé, y los ricos viñedos eran ahora un desierto, y todas sus ciudades habían quedado en ruinas” (Jeremías 4:23-26, RVC).

Este será el hogar de Satanás y sus ángeles durante mil años. Limitado a la Tierra, no tendrá acceso a otros mundos para tentar e incomodar a los que nunca han caído. En este sentido está “encadenado”. No queda ninguno sobre el cual pueda ejercer su poder. Se lo priva de la obra de engaño y ruina que ha sido su único deleite.

Isaías, considerando el derrocamiento de Satanás, exclama: “¡Cómo caíste de los cielos, oh Lucero, hijo de la aurora! ¡Has sido derribado por tierra, tú que abatiste las naciones! [...] Tú eres aquel que dijiste en tu corazón: ¡Al cielo subiré; sobre las estrellas de Dios ensalzaré mi trono; [...] seré semejante al Altísimo! ¡Pero ciertamente al infierno serás abatido, a los lados del hoyo! Los que te vieren clavarán en ti la vista, y de ti se cerciorarán, diciendo: ¿Es este el varón que hizo temblar la tierra, que sacudió los reinos; que convirtió el mundo en un desierto, y destruyó sus ciudades; y a sus prisioneros nunca los soltaba?” (Isaías 14:12-17, VM).

Durante seis mil años la prisión de Satanás ha recibido al pueblo de Dios, pero Cristo ha quebrantado sus ataduras y ha puesto en libertad a sus presos. Solo, con sus malos ángeles, él considera los efectos del pecado: “Los reyes de las naciones, sí, todos ellos yacen con gloria cada cual en su propia casa [el sepulcro]; ¡mas tú, arrojado estás fuera de tu sepulcro, como un retoño despreciado! [...] No serás unido con ellos en sepultura; porque has destruido tu tierra, has hecho perecer a tu pueblo” (Isaías 14:18-20, VM).

Durante mil años, Satanás contemplará los resultados de su rebelión contra la Ley de Dios. Sus sufrimientos son intensos. Ahora queda para contemplar la parte que él ha desempeñado desde que se rebeló, y para considerar con anticipación y con terror el espantoso futuro cuando él debe ser castigado.

Durante los mil años que transcurrirán entre la primera y la segunda resurrección ocurre el juicio de los impíos. El apóstol Pablo señala que este acontecimiento sigue a la Segunda Venida (1 Corintios 4:5). Los justos reinan como reyes

y sacerdotes. Juan dice: “Vi tronos donde se sentaron los que recibieron autoridad para juzgar. [...] serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años” (Apocalipsis 20:4-6).

En ese momento, “los santos juzgarán al mundo” (1 Corintios 6:2, RVC). En unión con Cristo juzgan a los impíos, deciden cada caso de acuerdo con las obras hechas en el cuerpo. Entonces la porción que los impíos deben sufrir es medida de acuerdo con sus obras, y se registra frente a sus nombres en el libro de la muerte.

Satanás y los malos ángeles son juzgados por Cristo y su pueblo. Dice Pablo: “¿No saben que aun a los ángeles los juzgaremos?” (1 Corintios 6:3). Judas declara que “a los ángeles que no mantuvieron su posición de autoridad, sino que abandonaron su propia morada, los tiene perpetuamente encarcelados en oscuridad para el juicio del gran Día” (Judas 1:6).

Al final de los mil años se produce la segunda resurrección. Entonces los malos, levantados entre los muertos, aparecen ante Dios para la ejecución de la “sentencia escrita” (Salmo 149:9). Así dice Juan: “Los demás muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años” (Apocalipsis 20:5). Isaías declara, con respecto a los impíos: “Serán juntados como se juntan los presos en el calabozo, y estarán encerrados en la cárcel; y después de muchos días serán sacados al suplicio” (Isaías 24:22, VM).